



1, A un paso de algo que parece importante

Novedades Fluvium, 25 de noviembre 2017

Cuando Macbeth se da cuenta de que no hay ningún obstáculo entre él y la corona de Escocia, salvo el cuerpo durmiente de Duncan, piensa que con solo realizar un acto cruel podrá ser feliz para toda la vida.

Y decide que compensa hacer ese mal para lograr un bien que considera muy grande. Sin embargo, el efecto del crimen fue desconcertante e insoportable: un solo acto contra la ley introdujo a Macbeth en un ambiente mucho más sofocante que el de la ley.

Como señala Chesterton, hay una lección en Macbeth que es también el fondo sobre el que se desarrolla toda tragedia: el hecho de la unidad de la vida humana, y el hecho de que el ser humano acaba pagando siempre el precio de las consecuencias de sus propios actos.

Macbeth nos enseña que no se puede hacer una locura con la idea de alcanzar la cordura. Haciendo un mal, jamás el hombre puede hacerse a sí mismo más grande. Al revés, se encuentra más atrapado. Destroza una puerta, pero en lugar de huir se encuentra en una habitación todavía más pequeña. Y cuanto más destruye, más se estrecha esa habitación.

Algo así sucede con el aborto. Muchas personas son conscientes de que es algo abominable. No lo quieren a priori. Pero, ante un problema concreto, se ven a un solo paso de alcanzar, mediante el aborto, un objetivo codiciado, un señuelo de libertad.

Si por desgracia deciden, como Macbeth, que compensa hacer ese mal para lograr lo que desean, encontrarán al otro lado de esa puerta algo muy distinto de la libertad.

2, La parte débil del litigio

Novedades Fluvium, 2 de diciembre 2017

Nosotras parimos, nosotras decidimos. La reclamación parece, en principio, incontestable. Y glosando a Miguel Delibes, habría que decir que efectivamente así lo sería si lo parido fuese algo inanimado, algo que el día de mañana no pudiese, a su vez, objetar dicha exigencia, esto es, ser parte interesada, hoy muda, de tan importante decisión.

Se discute sobre si el feto es o no es un portador de derechos desde el instante de la concepción. Una cosa parece clara: el óvulo fecundado es algo vivo, con un código genético propio, y que con toda probabilidad llegará a ser un hombre hecho y derecho si los que ya disponemos de razón no truncamos artificialmente su proceso de viabilidad.

Lo trágico de este dilema es que el feto aún carece de voz. Y parece natural que alguien tome su defensa, puesto que es la parte débil del litigio. Los abortistas apelan a la libertad de la madre, pero habría que preguntarse por qué negar al feto tal derecho, en nombre de qué libertad se le puede negar la libertad de nacer.

Las partidarias del aborto piden libertad para su cuerpo. Eso está muy bien, pero parece razonable pedir que su uso no vaya en perjuicio de tercero. Porque su libertad es la misma que exigiría el feto si dispusiera de voz: la libertad de tener un cuerpo para poder disponer mañana de él con la misma libertad que hoy reclaman sus presuntas y reacias madres. El derecho a tener un cuerpo debería ser el que encabezara el más elemental código de derechos humanos.

- ¿Y no puede suceder que el feto sea una vida humana, pero todavía no sea un ser humano individual?

El concepto de vida humana no existe más que encarnada en seres individuales. La vida humana, así, en general, es solo una idea abstracta.

3, Sin voz ni voto

Novedades Fluvium, 8 de diciembre 2017

El caso es que el abortismo ha venido, curiosamente, a incluirse entre los postulados de muchas modernas progresías. El progresismo, en su origen, respondía a un esquema muy sugestivo: apoyar al débil, pacifismo, tolerancia, no violencia. Años después, el progresista añadió a este credo la defensa de la naturaleza. Para el progresista, el débil era el obrero frente al patrono, el niño frente al adulto, la mujer frente al varón, el negro frente al blanco, la naturaleza virgen frente a la industria contaminante. Había que tomar partido por el indefenso, y era recusable cualquier forma de violencia. Todo un ideario claro y atractivo.

Pero surgió el problema del aborto y, ante él, el progresismo vaciló. No pensó ya que la vida del feto estaba más desprotegida que la del obrero o la del pobre, quizá porque el embrión carecía de voz y voto, y era políticamente irrelevante.

Y empezó a ceder en sus principios: contra el feto, una vida humana desamparada e inerme, podía atentarse impunemente. Nada importaba su debilidad, si su eliminación se efectuaba mediante una violencia silenciosa. Los demás fetos callarían, no harían manifestaciones callejeras, no podrían protestar.

El feto pasó a ser considerado como un intruso inoportuno, como si fuera una verruga desagradable que hay que hacer desaparecer, como un mal que no se está dispuesto a tolerar. Así fue manifestándose la crueldad de la historia. La tolerancia de los progresistas se fue tiñendo de intolerancia crispada, de exigencia de derechos en contra del indefenso. Y como si no quedaran aún miles de campos en los que falta tanto hasta alcanzar la plenitud de derechos de la mujer, la legalización del aborto pasó a ser una de las grandes metas de un amplio sector de la progresía feminista.

Sin embargo, para los progresistas que aún defienden indefensos, y que buscan una verdadera tolerancia rechazando la violencia inicua, la fuerza de la verdad permanece intacta. La muerte cruel de un inocente siempre producirá náuseas, sea en una explosión atómica, en una cámara de gas o en un quirófano esterilizado; y sea legal o ilegal.

4, A contracorriente

Novedades Fluvium, 16 de diciembre 2017

Escribía Chesterton que sólo quien nada a contracorriente sabe con certeza que está vivo. Y como ha señalado muy lúcidamente Juan Manuel de Prada, *las grandes batallas del pensamiento, las conquistas que han ensanchado el horizonte humano, siempre se han librado a contracorriente; y, con frecuencia, quienes se atrevieron a protagonizarlas fueron contemplados por sus contemporáneos como retrógrados, incluso como peligrosos delincuentes. Pero, junto al rechazo o incompreensión de su época, estos pioneros que osaron contrariar el espíritu de los tiempos pudieron proclamar con orgullo que estaban vivos; y con su sacrificio irradiaron vida en un mundo acechado por la muerte, convocaron a la vida a quienes por cobardía, por estolidez, por conformidad con las ideas establecidas nadaban a favor de la corriente.*

Así debió ocurrir con los primeros patricios que, en la época de máximo esplendor del Imperio Romano, empezaron a manumitir esclavos, como aquel Filemón que, siguiendo las instrucciones de San Pablo, decidió acoger a su esclavo Onésimo como si de un hermano querido se tratase. Cuando Filemón manumite a Onésimo, la esclavitud no era tan sólo una institución jurídica plenamente reconocida, auspiciada y protegida por la ley; era también el cimiento de la organización económica romana. Según establecía el derecho de gentes de la época, los esclavos eran individuos que, aun perteneciendo a la especie humana, no eran personas en el sentido jurídico de la palabra, sino bienes sobre los que sus amos podían ejercer un derecho de libre disposición. Los nadadores a contracorriente como Filemón alegaron entonces que, más allá de los preceptos legales, existía un estado de naturaleza que permitía reconocer en cualquier ser humano una dignidad inalienable; y que tal dignidad era previa a su consideración de ciudadano romano. Aquella subversión del sistema legal establecido ponía en peligro el progreso material de Roma; y quienes entonces nadaban a favor de la corriente se emplearon a fondo en el mantenimiento de un orden legal que favorecía sus intereses. Tan a fondo se emplearon que la abolición de la esclavitud aún tardaría muchos siglos en imponerse; y no lo hizo hasta que el ímpetu pionero de nadadores a contracorriente como Filemón propició una metanoia social, un cambio de mente que antepuso ese meollo irrenunciabile de humanidad que nos permite distinguir la dignidad inalienable de cualquier persona sobre los indudables beneficios económicos de la esclavitud. Y en el largo camino que condujo a esa

conquista muchos Filemones fueron señalados como retrógrados, perseguidos y condenados al ostracismo.

Como ocurriera hace dos mil años a los primeros patricios romanos que empezaron a manumitir esclavos, ocurre hoy a quienes se oponen al aborto. Los nadadores a favor de la corriente los anatemizan y escarnecen, los calumnian presentándolos como detractores de los derechos de la mujer, los caracterizan como sombríos retrógrados que amenazan el progreso social. Pero, como aquellos primeros patricios romanos que reconocieron en cualquier persona una dignidad inalienable, quienes hoy se oponen al aborto no hacen sino velar por ese meollo irrenunciable de humanidad que nos constituye, que nos permite reconocer como miembro de la familia humana a quien aún no tiene voz para proclamarlo, que nos impone proteger la vida gestante, la más desvalida e inerme, como garantía de nuestra propia supervivencia moral, para que no nos ocurra lo que Marcel Proust denunciaba, al describir el clima de corrupción en el que se desenvolvían sus personajes: Desde hacía tiempo ya no se daban cuenta de lo que podía tener de moral o inmoral la vida que llevaban, porque era la de su ambiente. Nuestra época, para quien lea su historia dentro de dos mil años, parecerá que hubiese hundido estas conciencias tiernas y puras en un ambiente vital que se mostrará entonces como monstruosamente pernicioso y donde, sin embargo, ellas se encontraban a gusto.

El día en que nos encontremos a gusto en un ambiente vital que consagra el aborto como derecho habremos dejado de merecer el calificativo de humanos; porque simplemente habremos dimitido de la razón, que según nos enseñaba Aristóteles es capacidad de discernimiento sobre lo que justo e injusto. Y cuando el hombre se desprende de la razón es como cuando las ramas se desprenden del árbol, que no les aguarda otro destino sino amustarse. Cuando el aborto se acepta como una conquista de la libertad o del progreso, cuando se niega o restringe el derecho a la vida de las generaciones venideras, nuestra propia condición humana se debilita hasta perecer; y entonces nos convertimos, irrevocablemente, en esos nadadores a favor de corriente que, sin advertirlo, aceptan su propia muerte con tal de no bracear. Porque muertos están quienes por cobardía, estolidez, conformidad con las ideas establecidas defienden el aborto; y también quienes con su silencio o indiferencia lo amparan, quienes con su anuencia sorda respiran sus miasmas, fingiendo que no les contagian.

A los soldados aliados que, en su avance hacia Berlín, liberaban los campos de concentración donde durante años se habían hacinado prisioneros famélicos, puras radiografías de hombre despojadas de su dignidad, no les estremecía tanto el espectáculo dantesco que se desplegaba ante sus ojos como la pretendida ignorancia de los lugareños vecinos, que habían visto llegar trenes abarrotados de presos al apeadero de su pueblo, que habían visto

humear las chimeneas de los hornos crematorios, que habían visto descender la ceniza de los cadáveres incinerados sobre sus tierras de labranza y, sin embargo, habían fingido no enterarse de lo que estaba sucediendo ante sus narices. Con esta nueva forma de holocausto que es el aborto ocurre lo mismo: llegará el día en que las generaciones venideras, al asomarse a los cementerios del aborto, se estremezcan de horror, como hoy nos estremecemos ante las matanzas que ampararon los totalitarismos de hace un siglo, sólo que, para entonces, las cifras del aborto serán mucho más abultadas, vertiginosas de tan abultadas; pero se estremecerán, sobre todo, ante la complicidad tácita de una sociedad que, dimitiendo de su humanidad, prefirió volver el rostro hacia otro lado cuando se trataba de defender la vida más inerme, que incluso aceptó el aborto como un instrumento benéfico, entronizándolo en la categoría de derecho.

5, Libertad de conciencia para todos

Novedades Fluvium, 23 de diciembre 2017

- Muchos dicen que el aborto es problema de conciencia de la madre, al que debe permanecer ajeno el Estado ...

Olvidan de nuevo que aparte de padre y madre, hay un tercero en juego: el hijo. El aborto provocado no es asunto íntimo sólo de la madre, ni sólo de los padres, sino que afecta directamente al hijo. Y por tanto, por la solidaridad natural de la especie humana, todo ser humano debe sentirse interpelado cuando se comete un aborto.

El Estado debe proteger la vida humana. Y vida humana es también la del no nacido. Y el no nacido también merece la protección del Estado. Desde el momento de la concepción, se ha generado un tercero, existencialmente distinto de la madre, aunque esté alojado en su seno.

Y ese derecho a la vida del *nasciturus* no surge de su aceptación por parte de la madre, sino que corresponde a él mismo, a causa de su existencia, y es un derecho primario e inalienable, que arranca de la propia dignidad humana y es independiente de cualquier creencia religiosa.

- Muchos defienden que el aborto podría ser lícito durante, por ejemplo, las doce primeras semanas del embarazo.

Es una realidad irrefutable que el feto es igualmente humano antes de las doce primeras semanas de gestación como después. El alcance de la protección del Estado hacia el no nacido debe ser independiente del momento del embarazo en que se encuentre, pues en su desarrollo no hay ningún plazo en el que se produzca un cambio del que pueda depender su derecho a la vida.

Como ha expuesto muy lúcidamente el filósofo austriaco Michael Tooley, es enormemente difícil condenar éticamente el infanticidio o la eutanasia neonatal, matar al recién nacido con graves deficiencias físicas o mentales, una vez que se admite el aborto.

Si se admite una ley de plazos, durante ese plazo quedaría el no nacido a disposición de la libre decisión de la madre, y entonces su protección jurídica ya no estaría garantizada. Y no cabe admitir semejante abandono de la vida del

no nacido por referencia a la capacidad de la madre de tomar una decisión, por muy libre y responsable que sea.

- Pero dicen que hay un simple conflicto de derechos: el derecho a la vida del *nasciturus* y el derecho de la madre a decidir sobre su maternidad, y que en ese conflicto prevalece el derecho de la madre.

Es poco serio plantear así un conflicto jurídico. La protección jurídica de una vida jamás puede quedar al arbitrio de una de las partes en conflicto.

Ningún ordenamiento jurídico debiera admitir semejante equiparación en un conflicto de derechos: por parte del no nacido lo que está en juego no es un plus o una minoración de derechos, ni aceptar ventajas o limitaciones: lo que está en juego es todo, su misma vida.

El derecho de la madre a interrumpir su embarazo supone siempre la muerte de la otra parte en conflicto, y por tanto no pueden equipararse ambos derechos, que son de orden diferente.

No cabe tampoco considerar la hipótesis de legítima defensa de la madre, puesto que la legítima defensa nunca se refiere a un inocente, sino siempre y solamente a un agresor injusto.

Admitir el derecho al aborto sería tanto como que el Estado otorgara al no nacido el derecho a la vida, pero condicionado a que durante el embarazo, o al menos en una fase de él, la madre no decida su muerte. Una curiosa forma de entender el derecho a la vida.

6, Una comparación

Novedades Fluvium, 6 de enero 2018

Si el Estado se inhibiera ante el aborto, atentaría gravemente contra la exigencia ética de protección de la vida e integridad de los individuos, como lo haría, por poner otro ejemplo, si se inhibiera ante el uso impune de la tortura por parte de la policía.

La tortura es abominable, y nadie podría justificarla aduciendo que los torturadores piensan que se trata de un asunto que pertenece a su propia conciencia y por tanto son libres de practicarla si lo consideran oportuno.

- ¿Y por qué crees que se comprende tan claramente en el caso de la tortura, y sin embargo no ocurre así con el aborto?

La tortura nos la podemos imaginar fácilmente en toda su crudeza y horror, pero, en cambio, hay que hacer un esfuerzo para imaginar la realidad cruda y horrible de un aborto provocado.

Pero si una madre, antes de decidirse a abortar, viera en vídeo lo que va a suceder con su hijo, me temo que muy pocas madres llegarían a abortar.

- Antes hablabas de exigencias éticas del Estado. ¿Quieres decir que el Estado tiene que sancionar todo lo que la moral prohíbe?

No. Por ejemplo, el Estado no puede sancionar las conductas inmorales que permanezcan en el terreno de la intimidad de las personas.

Tampoco castiga algunas otras, aunque se produzcan en el fuero externo, porque es preferible tolerarlas, para evitar así males mayores. Por ejemplo, no persigue algunas cosas porque hacerlo lesionaría sensiblemente algunas libertades. Así sucede con la mentira, por lo que la mayoría de los Estados solo penalizan la mentira *cualificada* como el perjurio o la falsedad en documento público. Pero con la legalización del aborto, la autoridad civil legitima esa bárbara libertad que se toma el fuerte sobre el débil, y omite uno de sus deberes más primarios: la defensa de la vida inocente.

El Estado ha de poner los medios necesarios para defender la vida de los no nacidos, del mismo modo que ha de velar para que no se asesine, se viole o robe. Legalizar el atentado contra el derecho a la vida, e incluso financiarlo, es

una de las formas más radicales de intolerancia: la que no tolera el desarrollo normal de vidas humanas incipientes.

- De todas formas, de poco sirve declararlo ilegal, pues si en su país no pueden abortar, lo harán viajando a otro lugar donde esté permitido.

Con esa lógica, siempre habría que armonizar internacionalmente las leyes al nivel ético más bajo, adaptándolas a las del país en el que hubiera mayor relajación en ese punto.

Acabaríamos, por ejemplo, teniendo que legalizar la venta de órganos de personas vivas con la excusa de que hay países en que se trata de una práctica tolerada y hay pobres dispuestos a viajar allí para vender uno de sus riñones.

- ¿Y no te parece que se presentan en ocasiones algunos *casos límite* en los que el aborto debía estar permitido?

Es indudable que se dan casos especialmente dolorosos y conmovedores. Casos que incluso parecen justificar el recurso a procedimientos extremos. Pero nunca puede admitirse como solución matar a un ser humano inocente. Otra cosa es la comprensión con la persona que se ha podido ver inducida física o psíquicamente a cometer cualquier error, por grave que sea, pero la comprensión con las situaciones difíciles no implica que lo equivocado deje de serlo.

7, ¿Extremismo fanático?

Novedades Fluvium, 13 de enero 2018

Muchas personas centran su oposición al aborto en argumentos de tipo religioso, y realmente hay razones de enorme peso en ese ámbito y hay que tenerlas muy presentes.

Pero como vivimos en una sociedad muy plural, en la que esos argumentos son descalificados en bastantes ámbitos, es preciso que recurramos de modo habitual a planteamientos que tengan una validez universal, que sean accesibles a cualquiera, independiente de sus conocimientos científicos o teológicos.

A veces, se usa una expresión de refinada hipocresía para denominar el aborto provocado: se dice que es la interrupción del embarazo. Los partidarios de la pena de muerte tienen resueltas sus dificultades. La horca o el garrote pueden llamarse interrupción de la respiración, y con un par de minutos basta.

Cuando se provoca el aborto o se ahorca, se mata a alguien. Y es una hipocresía más considerar que hay diferencia según en qué lugar del camino se encuentre el niño que viene, a qué distancia de semanas o meses del nacimiento va a ser sorprendido por la muerte.

Con frecuencia se afirma la licitud del aborto cuando se juzga que probablemente el que va a nacer, o el que iba a nacer, será anormal física y psíquicamente. Pero esto implica que quien es anormal no debe vivir, ya que esa condición no es probable, sino segura. Y habría que extender la misma norma al que llega a ser anormal por accidente, enfermedad o vejez. Y si se tiene esa convicción, hay que mantenerla con todas sus consecuencias; otra cosa es actuar como Hamlet en el drama de Shakespeare, que hiere a Polonio con su espada cuando está oculto detrás de la cortina. Hay quienes no se atreven a herir al niño más que cuando está oculto, se pensaría que protegido, en el seno materno.

Se habla del derecho a disponer del propio cuerpo. Pero, aparte de que el niño no es parte del cuerpo de su madre, sino alguien corporal implantado en la realidad corporal de su madre, ese supuesto derecho no existe. A nadie se le permite la mutilación; los demás, y a última hora el poder público, lo impiden. Y

si me quiero tirar desde una ventana, acuden la policía y los bomberos y por la fuerza me lo impiden.

Si el aborto se impone y se generaliza, si el hombre de nuestra época vive de acuerdo con esos principios, compromete su misma condición humana. Por eso podría decirse que la aceptación social del aborto es probablemente lo más grave que ha acontecido en nuestra época, Julián Marías

- Pero lo cierto es que, en muchos ambientes, estar en contra del aborto se considera un extremismo fanático, un imponer a los demás unas opiniones personales que se consideran ultraconservadoras y retrógradas.

Ya hemos dicho que todavía no está lejos la época en la que poseer otros seres humanos se veía tan normal como poseer cabezas de ganado. Y que esas posturas esclavistas se defendían en países tan avanzados como Estados Unidos hasta poco antes de 1860. De hecho, cuando Abrahán Lincoln llegó a la Presidencia en 1861 y estableció la abolición de la esclavitud, los sureños iniciaron la guerra de secesión, con el argumento de que el nuevo gobierno pretendía arrebatar a los estados del sur sus *derechos* sobre los esclavos. Fueron cuatro años de guerra en la que se invocaban palabras como *derechos* y *libertad* para defender una brutal forma de opresión.

Y quizá hoy la historia se repite, porque en todo el mundo occidental se habla de *derechos* y de *libertad* para acabar con la vida de niños aún no nacidos, sobre todo si son deficientes. Gracias a Dios, una minoría cada vez más numerosa de hombres y mujeres de diversos colores políticos y religiosos, sostiene una clara postura en contra del aborto.

Y como sucedía con los que luchaban contra la esclavitud, también ellos son tachados de extremistas y de enemigos de la libertad, pero tampoco deberíamos extrañarnos mucho, pues así ha sucedido siempre a quienes lucharon contra aberraciones que se hicieron normales en diferentes épocas a lo largo de la historia.

8, Egoísmo masculino e intolerancia social

Novedades Fluvium, 20 de enero 2018

El conocido director de cine italiano Franco Zeffirelli jamás escondió la verdad sobre su nacimiento. Su padre natural, Ottorino Corsi, que era mercader de seda, estaba casado, pero no con la que fue su madre, Alaide Garosi.

Yo sé bien, explicaba, lo que significa nacer contra el parecer de los demás, porque soy hijo ilegítimo. Mi nacimiento fue un escándalo. Mi madre, que era modista, perdió toda la clientela que tenía en la buena sociedad florentina. Y desde el primer momento tuvo que vencer mil obstáculos para que yo naciera. Hasta su madre, mi abuela, quería que abortase. Le decían que yo estaría condenado al ostracismo. Y sin embargo, ella se negó en redondo a abortar.

He pasado la infancia en una situación irregular, pero siempre bajo el signo del amor, y esto sí que me ha influido. Mi madre perdió sus clientes, pero decía que no le importaba nada.

Yo soy una especie de aborto frustrado. Estoy en el mundo un poco por casualidad. Quizá por eso aprecio más el milagro de la vida.

Es obligado reconocer que, en este campo, a veces somos testigos de verdaderas tragedias humanas. Tragedias que nos hacen comprender la necesidad de apostar con valentía en favor de la mujer, que es quien, en casos como este, suele pagar el más alto precio por su maternidad.

Muchas veces, la mujer es víctima del egoísmo masculino, cuando el hombre que ha contribuido a la concepción de la nueva vida no quiere luego hacerse cargo de ella y arroja la responsabilidad sobre la mujer. Precisamente cuando la mujer tiene mayor necesidad de ayuda del hombre, este se comporta como cínico egoísta, que antes fue capaz de aprovecharse del afecto o de la debilidad, pero luego es refractario a todo sentido de responsabilidad por el propio acto.

Es una pena que por la presión de egoísmo masculino, o de ese ambiente de intolerancia social, se fomente tantas veces el aborto en mujeres que querrían ser madres pero claudican ante esas crueles muestras de incomprensión. Por eso, la única actitud honesta en este caso es la de una radical solidaridad con la mujer. Puede haber cometido un error, pero, una vez

que eso ya ha sucedido, hay que saber comprender, y dar facilidades a esas personas para que puedan seguir adelante y vivir con dignidad.

Es una crueldad dejarlas solas. En casos como estos, la experiencia de los centros asesores de personas en esta situación es que la mujer no quiere suprimir la vida que lleva en su seno. Si es ayudada, y si al mismo tiempo es liberada de la intimidación del ambiente circundante, entonces es capaz de apostar por la vida, incluso con heroísmo.

El origen de una vida puede ser ilegítimo, pero si esa vida ya existe, la sociedad debe protegerla, provenga de donde provenga. De lo contrario, en nombre de la moralidad se puede forzar a cometer un grave atentado contra la vida del más inocente de todos los afectados por el problema.

9, La madre es quien mejor sabe la verdad

Novedades Fluvium, 21 de enero 2018

Una mujer embarazada es quizá la primera en darse cuenta de que lo que lleva en su seno es un nuevo ser humano, distinto de todos los que han existido, existen y existirán.

Y sabe bien que los intentos de distinguir la condición humana según si ha nacido todavía o no, o según las semanas o meses que lleva de gestación, o si era deseado o no, carecen de fundamento.

Sabe que entre un feto en la primera semana de gestación, en la última y un recién nacido, no hay más diferencia que un poco de tiempo y la necesaria nutrición.

Sabe que el aborto no es una simple interrupción del embarazo, como se dice evasivamente, quizá para intentar disfrazar con un eufemismo su innegable atrocidad. Sabe bien que abortar significa atentar contra un ser indefenso que, además, es su propio hijo.

Cualquier persona que haya trabajado siquiera unos meses en un gabinete psicológico puede dar fe de hasta qué punto una mujer se siente aturrida, angustiada y desamparada después de un aborto; hasta qué punto quedan desoladas al darse cuenta de que han arrebatado una vida humana y no saben qué hacer para remediarlo. El sentimiento de culpa por haber abortado es quizá uno de los dolores más severos que una persona puede experimentar. El aborto no solo aniquila una vida humana no nacida, sino que también arruina psicológicamente a muchas mujeres.

Un extenso estudio realizado en la Clínica Ginecológica de Würzburg, Alemania, por la doctora Maria Simon, concluía que algo más de un 35 % de las mujeres que han abortado sufren después fuertes oscilaciones de ánimo y estados depresivos; en torno a un 30 % padecen sentimientos de miedo, sin saber bien a qué se deben; un 37 % lloran con frecuencia sin apenas motivo aparente; aproximadamente el 45 % darían marcha atrás si pudieran hacerlo; el 55 % se sienten más nerviosas y menos equilibradas; el 61 % reprimen cualquier pensamiento en torno al aborto; el 52 % sufren con solo ver mujeres embarazadas; y al 70 % les viene con frecuencia a la cabeza la idea de cómo serían las cosas si el niño abortado viviese ahora.

Muchas mujeres acusan a médicos y asesores de que no les habían informado suficientemente sobre las posibles consecuencias psíquicas. Si hubiesen sabido qué riesgos somáticos y psíquicos acarrearía, lo más probable es que no hubieran abortado.

Las mujeres que mejor suelen superar el trauma del aborto son aquellas que intentan recuperar su equilibrio psíquico afrontando conscientemente el hecho del aborto. Lo hacen sobre todo a través de conversaciones con personas de confianza, como el marido, más frecuentemente una amiga o la madre, rara vez un médico. En esos casos, por lo general, la mujer intenta reconocer su culpa. No la reprime, no la proyecta en otros, ni recurre tampoco a justificaciones. El siguiente paso es arrepentirse del aborto. En esta fase se duele por su hijo muerto como por cualquier otro difunto querido. Raramente una madre logra convencerse de modo permanente de que aquello no era un ser humano vivo, su propio hijo.

10, La persuasión de la verdad

Novedades Fluvium, 3 de febrero 2018

- ¿Y cómo explicas que la brutalidad del aborto, que, según dices, debiera ser tan clara, sea negada por tantísima gente?

La historia demuestra que cada época se caracteriza tanto por sus intuiciones y sus aciertos como por sus ofuscaciones. Eso explica que pueblos enteros hayan podido a veces permanecer, durante períodos muy largos, sumidos en desviaciones sorprendentes. Baste recordar los duros debates que en su momento se produjeron en torno a cuestiones hoy casi felizmente superadas, como la esclavitud, la segregación racial, la tortura, etc.

Y es que quizá hay verdades que resultan más simpáticas y agradables en cierto momento, y se difunden más y se perciben de modo más patente. En cambio, hay otras que son igualmente verdaderas, pero que chocan contra actitudes y hábitos más arraigados en esa época o lugar, y entonces no se está fácilmente dispuesto a reconocerlas. Muchas verdades pueden ser olvidadas, e incluso suplantadas por errores, puesto que, lamentablemente, no siempre hay una relación directa entre la verdad y el número de personas a las que persuade.

11, Oscuras profecías

Novedades Fluvium, 10 de febrero 2018

Desde que Thomas Malthus se equivocara, hace ya muchos años, al pronosticar que Inglaterra jamás podría soportar una población superior a diez millones de habitantes, han sido muchos los que continúan repitiendo periódicamente sus mismas y agoreras predicciones. El argumento siempre ha sido el mismo: si la población mundial continúa creciendo, el planeta camina inexorablemente hacia su ruina.

Sin embargo, si echamos una mirada a la historia, deberíamos ser comprensivos con Malthus. Hagamos un supuesto, remontándonos veinticinco o treinta siglos.

Si a los íberos que poblaban la ribera del río Manzanares antes de la llegada de los romanos, alguien les hubiera preguntado por la población máxima que podrían admitir aquellas tierras que ellos ocupaban, es muy probable que hubieran asegurado que allí no había caza para alimentar más que a unos pocos miles de personas; y que si hubiera más, se exterminaría a elefantes y bisontes de que se alimentaban; y no habría madera para construir sus viviendas; y los pequeños campos cultivables serían insuficientes ...

Y si les hubieran dicho que allí, en esa zona en la que apenas había unos cuantos asentamientos dispersos a la orilla del río, tres mil años después iba a haber una ciudad de más de cuatro millones de habitantes, la actual Madrid, lo más probable es que lo tomaran a broma. Pensarían que habría que estar loco para pensar que de aquellas tierras pudiera salir carne, frutas y cereales para alimentar a esa ingente multitud.

Y sin necesidad de remontarnos tanto, si en 1950 le hubieran preguntado a alguien qué ocurriría si se duplicara la población mundial, probablemente habría dicho que sería una tremenda catástrofe.

Sin embargo, eso es lo que ha sucedido, con creces, y se supone que vivimos algo mejor que entonces. Es más, paradójicas de la vida, resulta que bastantes de los problemas actuales de Occidente provienen de los excedentes alimentarios, y es frecuente que se subvencione a los agricultores para que no cultiven determinadas tierras o para que disminuyan el número de cabezas de ganado.

Los pronósticos aterradores han sido moneda corriente durante los últimos cuarenta o cincuenta años. Se han vaticinado catástrofes tremendas que estaban ya a la vuelta de la esquina, si alguien no hacía algo inmediatamente para contener el amenazador *boom* demográfico.

Una de las más famosas predicciones fue la de los hermanos Paddock, que aseguraron que veríamos millones de muertos de hambre en Estados Unidos. Sin embargo, sus profecías se toparon con una superproducción agraria sin precedentes.

Tampoco parece que se cumplieran los cálculos de Paul Ehrlich, cuyas tesis fueron durante años auténtico dogma en todo el mundo, cuando predijo que en los años setenta estallaría un conflicto a escala mundial, producido por el agobiante avance de la superpoblación, que causaría cientos de millones de muertes, provocaría guerras, violencia y destruiría los recursos necesarios para mantener la vida sobre el planeta.

Todas esas negras predicciones han demostrado tener fuerte carga de ciencia-ficción, pero muy poco de ciencia. Por ejemplo, como señala Robert L. Sassone, es curioso que los veinte países con mayor escasez de alimentos sean países con poca población; o que la mayor parte del terreno potencialmente agrícola siga sin utilizarse; o que las grandes fases de desarrollo de los países hoy más industrializados hayan coincidido con fuertes crecimientos de población.

Frente a tantos progresos innegables que han acompañado al crecimiento de la población, los profetas del desastre solo pueden esgrimir hipotéticos riesgos futuros. Pero los fallos de pronósticos anteriores nos advierten de lo poco fiable de ese tipo de profecías. No se puede negar que hay bolsas de pobreza en torno a las grandes ciudades del mundo, y que hay regiones en las que se padece hambre, desnutrición, problemas de salud, mortalidad infantil ... pero hay que comprender que se trata de problemas complejos y que sus causas no son la simple presión demográfica.

12, Resultado de muchas victorias sobre la muerte

Novedades Fluvium, 17 de febrero 2018

Hace diez mil años, el planeta solo podía mantener a 4 millones de personas, y su esperanza de vida al nacer era de tan solo 20 años.

En el siglo XIX, nuestro planeta era capaz de mantener a 1.000 millones de personas, y su esperanza de vida rondaba los 30 años.

Ahora, nos acercamos a los 7.000 millones de personas en la tierra, y viven más tiempo y con más salud que nunca. La esperanza de vida alcanza casi los 80 años en los países desarrollados, y oscila entre 45 y 60 años en los países más pobres.

Este avance ha sido posible sobre todo gracias a la reducción de las tasas de mortalidad infantil, que se deben fundamentalmente a las grandes mejoras en agricultura, sanidad y medicina.

El incremento de la población mundial es resultado de muchas victorias de la humanidad sobre la muerte. Lo normal, afirma Julian L. Simon, sería que todos los filántropos dieran saltos de alegría al presenciar este triunfo de la mente humana y de la organización sobre las fuerzas de la naturaleza causantes de la muerte. En cambio, muchos se quejan de que hay demasiada gente viva para disfrutar de ese don, y se empeñan en implantar duras campañas de control de natalidad.

13, Apoteosis de la intolerancia

Novedades Fluvium, 24 de febrero 2018

Lo peor de todo esto es que esos alarmismos demográficos han solido traer consigo políticas inhumanas, de intolerancia flagrante, de tremenda coerción y de graves violaciones de derechos humanos. Y, desgraciadamente, no han sido casos aislados.

Por ejemplo, el gobierno indio ha llevado a cabo durante décadas extensos programas de esterilizaciones masivas de ciudadanos, en muchos casos mediante engaño o violencia. En China, esas campañas han sido aún más masivas e intimidatorias, ejerciendo sobre los matrimonios una presión enorme y a menudo brutal para limitar la descendencia familiar a un solo hijo por familia.

Esos programas son ejemplos extremos de violaciones de derechos humanos que, en nombre de control de la población, se cometen y se han cometido en tantos países. Pero lo más doloroso, se lamentaba Karl Zinsmeister, es que las autoridades internacionales hagan apologías públicas de esa clase de políticas inhumanas: es triste que cuando la ONU entregó por primera vez el premio de planificación familiar, los ganadores fueran precisamente los directores de los programas indio y chino.

Resulta seriamente preocupante la grave intolerancia que demuestran quienes violentan las raíces culturales milenarias de esos pueblos promoviendo semejantes campañas antinatalistas. Como decía Chesterton, con este tipo de políticas se acaba desdibujando la diferencia entre animales y seres humanos, y se acaba tratando a seres humanos pobres como si no fueran más que estorbos económicos, sociales o ecológicos. Como si fueran una nueva especie de contaminación que es preciso eliminar.

Y tiene también razón Julián Marías al advertir que quienes piensan así reducen lo humano casi a la zoología. Ven a la mujer embarazada como una simple hembra preñada, y parecen empeñados en coartar la libertad de toda una parte de la humanidad a la que consideran carente de responsabilidad.

14, El testimonio de la historia

Novedades Fluvium, 3 de marzo 2018

- Pero muchos siguen pensando que el crecimiento demográfico es una seria amenaza para el desarrollo y futuro de nuestro planeta, tanto por la escasez de recursos naturales como por el deterioro ambiental.

Ya hemos visto que los datos no son tan alarmantes. Cualquier experto en economía agraria sabe bien que la dieta alimenticia de la población mundial no ha parado de crecer en los últimos cincuenta años. Y quienes estudian la economía de recursos naturales saben igualmente que los recursos son cada vez más accesibles, en lugar de más escasos, como lo demuestra el descenso de precios de todos ellos a lo largo de los últimos siglos y décadas.

- Bien, pero se dice que el aumento de población de una sociedad reduce el ahorro, impide la inversión, disminuye las posibilidades educativas y es causa fundamental de hambre en el mundo.

Ninguna de esas afirmaciones sobre el aumento de la población parece avalada por el transcurrir de la historia:

Los costes de recursos naturales han ido disminuyendo a largo plazo en todos los casos, salvo alguna excepción temporal. Es decir, ha crecido siempre la disponibilidad de materias primas. Por ejemplo, el precio actual del cobre, en función de salarios de cada época, es aproximadamente una décima parte del que tenía en el siglo XVIII, la centésima parte que durante el Imperio Romano, y la milésima parte que en Babilonia hace 4.000 años.

Los productos elaborados: bolígrafos, camisetas, neumáticos ... son cada vez más baratos, porque cada vez sabemos producir más y a menor coste.

El incremento de productividad por unidad de superficie agraria ha crecido muchísimo más rápido que la población, y hay serias razones para pensar que esta tendencia continuará. Por tanto, hay cada vez menos motivos para preocuparse por la disponibilidad de tierra cultivable: aumenta el número de cosechas al año, aumentan rendimientos por hectárea gracias a mejoras en métodos de cultivo y fertilizantes, y aumenta también la superficie por la puesta en cultivo de nuevas tierras y recuperación de tierras abandonadas.

Solo hay un recurso importante que parece haber empezado a decrecer, y es el más importante: el ser humano. Ahora hay más gente que nunca en el planeta. Pero si midiéramos la escasez de seres humanos de la misma manera que medimos la escasez de otros bienes económicos, vemos que los salarios no han hecho más que subir en todo el mundo, en países pobres y ricos. El precio que hay que pagar a un peluquero, cocinero o economista ha subido

tanto en India como en Estados Unidos. Este incremento de precios es una clara muestra de que las personas son cada vez más escasas, aunque seamos más.

Las predicciones de los alarmistas han resultado erróneas. Metales, alimentos y demás recursos naturales son ahora más accesibles, en vez de más escasos, como se predecía. Los expertos concuerdan en que las grandes hambrunas han sido, casi sin excepción, consecuencia de conflictos bélicos, desórdenes civiles y corrupción política y económica.

Los problemas del Tercer Mundo solo pueden resolverse mediante solidaridad internacional y ayuda eficaz para resolver los problemas internos de esos países: mala política y administración, corrupción, guerras ...

15, ¿Quién decide quiénes sobran?

Novedades Fluvium, 10 de febrero 2018

- Pero supongo que habrá siempre una limitación que viene dada por el número de habitantes que físicamente puede mantener un área determinada.

Ese número de habitantes no depende solo de los kilómetros cuadrados, sino sobre todo de la organización económica y social. Hay 127 millones de personas apiñadas en las pequeñas islas del Japón. Sin embargo, gracias a la buena organización y a su excelente productividad, los japoneses figuran entre los países más ricos del mundo.

- Bien, pero parece que ahora ya están bastante llenas esas islas.

Eso es lo que nos parece a nosotros. Si se hubiera preguntado a los indios algonquinos que poblaban Manhattan en el siglo XVII cuánta gente pensaban que podría albergar la isla, seguramente habrían respondido también que ya estaba bastante llena. Sin embargo, ahora está llena de rascacielos y tampoco debe estar tan mal allí la gente, al menos a juzgar por lo que cuesta comprarse un piso en Nueva York.

La respuesta que daba Chesterton a quien le hablaba de exceso de población, era una sencilla pregunta: si él mismo era parte de ese exceso de población; y, si no lo era, cómo sabía que no lo era.

16, Antiguos dogmas supuestamente científicos

Novedades Fluvium 17 de marzo 2018

- Bien, pero lo del Japón que decías antes es un caso excepcional. Quizá sea un país con una mentalidad tan especial que no puede servir para rebatir un principio que parece elemental: si los recursos naturales de una tierra son pocos, o su orografía es muy difícil, está claro que cuantos menos sean, siempre es mejor; después de todo, más gente significa más bocas que alimentar, más pies que calzar, más escuelas que construir. Más gente siempre supone más problemas.

No parece que la realidad obedezca demasiado a ese razonamiento. Podrían ponerse muchos otros ejemplos, además del Japón, que contradicen esa explicación.

Si nos fijamos en Suiza, vemos también que es un país pequeño, en cuya reducida extensión apenas hay recursos naturales, y que es el más abrupto y montañoso de Europa; sin embargo, es de los más ricos del continente.

Países como Japón o Suiza, pequeños, montañosos y sin recursos naturales, no son casos aislados. La gran riqueza de esos países, quizá consecuencia precisamente de su pobreza en recursos naturales, está en los recursos humanos: una elevada densidad de población con un elevado nivel de preparación.

Hay muchísimos más ejemplos de contrastes que niegan esa relación directa entre la pobreza y la elevada densidad de población. Holanda tiene 402 habitantes por kilómetro cuadrado, y Rusia solo 8. Alemania tiene 231, y Bolivia solo 9.

- Quizá sea eso cierto para países que ya han conseguido una riqueza económica, pero parece que para los que son pobres, una elevada población siempre supone un gran retraso en el crecimiento económico.

Sin embargo, parece que bastantes naciones pequeñas, por ejemplo Taiwán, Corea del Sur, Singapur ... han sido las de mayor crecimiento económico del mundo durante varias décadas. Y todas ellas eran antes pobres y muy pobladas: por ejemplo, Corea del Sur tiene 484 habitantes por kilómetro cuadrado y nivel económico muy alto.

Hay docenas de países poco poblados que son pobres y sucios y padecen hambre. Y también hay multitud de países con población grande y densa, que son prósperos y atractivos. Esto no significa que la densidad de población sea una gran ventaja, pero tampoco parece que sea una desventaja.

Sería un reduccionismo condicionar el éxito económico al bajo número de habitantes. De entrada, es olvidar que la gente no solo consume, sino que también produce.

- Pero cuando el paro laboral crece, y los puestos de trabajo son escasos, más vale limitar el crecimiento de la población, pues se ve que la economía no admite más trabajadores.

El sistema económico parece algo más complejo que eso. Muchas veces, el estancamiento de la economía se debe a freno en el consumo, consecuencia a su vez del estancamiento de la población. Para que haya puestos de trabajo, es preciso producir; y para producir, hace falta gente que consume. Si esa cadena se frena por un parón en el número de consumidores, la economía se frena también.

La hipótesis de que un buen desarrollo económico exige fuerte control de la natalidad supone, entre otras cosas, desconocer una lección de la historia: el crecimiento de la población precede al crecimiento económico, y es difícil encontrar un ejemplo de un país que haya mantenido al mismo tiempo una caída de población y un buen desarrollo económico.

Todas estas realidades innegables han llevado a un heterogéneo grupo de prestigiosos investigadores a contradecir los antiguos dogmas del control demográfico. Personas como Simon Kuznets, Colin Clark, P. T. Bauer, Ester Boserup, Albert Hirschman, Julian Simon, Richard Easterlin y otros, coinciden en que es preciso subrayar el gran potencial creativo de los individuos humanos. La solución está en organizar mejor la sociedad: las personas son su recurso más valioso.

Como ha escrito Hannah Arendt, el milagro que interrumpe una y otra vez el curso del mundo y el discurrir de las cosas humanas, y lo salva de la decadencia, es, en última instancia, el hecho de la natalidad, del nacimiento. El milagro consiste en que nacen nuevos seres humanos. Cada recién llegado, siempre que se le permita llegar, y luego desarrollar sus capacidades únicas e irrepetibles, es un nuevo potencial de ganancia para la humanidad.

17, Oscuros intereses políticos y económicos

Novedades Fluvium, 24 de marzo 2018

- De todas formas, ¿no es un poco extraño que todos esos datos y razones científicas no convencan a tantas instituciones que continúan promoviendo grandes campañas de control de natalidad?

Es cierto que parece un poco extraño. Y me atrevo a decir que es también un poco sospechoso. De hecho, están surgiendo cada vez más voces de protesta, aunque por desgracia aún bastante silenciadas, contra ese tipo de políticas antinatalistas.

Es sospechoso, por ejemplo, que la mayor parte de lo que se consideran ayudas al desarrollo de países pobres se destine a sufragar gastos administrativos y de gestión de las propias instituciones que conceden esas supuestas ayudas: grandes edificios, ingentes gastos de personal y de representación, viajes, hoteles, congresos ...

Y es también sospechoso que los fondos restantes, que son ya teóricamente destinados a promover directamente el desarrollo en cada país, se suelen a su vez emplear mayoritariamente en subvencionar campañas de planificación familiar.

- Supongo que algo gastarán en promover directamente el desarrollo, ¿no?

Muy poco, solo un pequeño tanto por ciento. Casi todo el presupuesto se va en burocracia, gestión y multimillonarios contratos con empresas que se dedican a implantar el control de natalidad. Al final, solo una pequeña parte se destina a gastos sociales verdaderamente esenciales para el desarrollo: infraestructuras, capacitación profesional, sanidad, cultura, educación ...

Y es una pena que esas instituciones, que aseguran contribuir a la liberación de la mujer, en muchos casos lo que hacen en la práctica es sacrificar inversiones que harían posible su acceso a la educación, habitualmente inferior al varón en esos países, para destinarlas a facilitarles su acceso a la planificación familiar.

No falta gente, además, que asegura que detrás de esos contratos de *family planning* hay oscuros, *oscurísimos*, intereses económicos y políticos.

Esas campañas cuentan con unas dotaciones de varios billones de dólares anuales, y de ese dinero viven, bastante bien, por cierto, muchas grandes multinacionales del sector. Son cifras que bien pueden forzar políticas gubernamentales o comprar voluntades de personas de ámbitos muy diversos.

Hay que pensar que son contratos muy apetecibles, pues venden de un golpe millones de preservativos y píldoras anticonceptivas, que suponen grandes ganancias, siempre seguras, puesto que los gobiernos del Tercer Mundo se ven obligados a comprarlos.

Además, muchas veces, como se ha denunciado en repetidas ocasiones, son productos ya retirados de los mercados occidentales por sus efectos secundarios o su baja calidad.

- Me parece mal, lógicamente, pero al fin y al cabo se trata de un regalo, ¿no?

Bueno, es que no debe olvidarse un detalle: toda esa solidaridad internacional incluye un plan para pasarle luego la mayor parte de la factura a los propios países en vías de desarrollo.

Como ha denunciado Ignacio Aréchaga, el plan es perfecto: primero se establece que hay una demanda insatisfecha de servicios de control de natalidad; después se dictamina lo que hay que gastar en promoción de medios anticonceptivos, proporcionados en su mayor parte por multinacionales de países ricos; y finalmente se pasa el grueso de la factura a los países en desarrollo, ya que *ellos son los primeros beneficiados*.

Parece que no es muy arriesgado pensar que hay demasiada gente poderosa que tiene mucho interés en mantener este tipo de políticas antinatalistas. Las razones que dan suelen ser de solidaridad, ecología o preocupación humanitaria. En muchos casos, lo harán de buena fe. Pero me temo que, detrás de esas mismas razones filantrópicas, muchos otros esconden inconfesables afanes de mantener el imperialismo económico, sostener un rentable colonialismo demográfico, ganar dinero a expensas del Tercer Mundo, contener las avalanchas de inmigrantes o ceder a presiones provenientes de intereses de poderosos grupos económicos internacionales.

La alarma ante el crecimiento demográfico enmascara muchos temores a una nueva situación que inquieta a los países ricos. Un miedo que, como señalaba el demógrafo francés Hervé Le Bras, *Se expresa bajo la forma alegórica de un atentado a la salud del planeta, mientras que se trata de un atentado a los privilegios de los ricos por la llegada de nuevos convidados al banquete de la naturaleza*. Una sutil intolerancia, lamentablemente disfrazada de tolerancia y solidaridad.

18, Nueva forma de acoso sexual

Novedades Fluvium, 30 de marzo 2018

Si se supiera, sugiere de nuevo Ignacio Aréchaga, que un alto cargo de la ONU presiona a una funcionaria para obtener sus favores a cambio de un ascenso, inmediatamente sería destituido por acoso sexual. Es curioso, en cambio, que si esos mismos altos cargos fuerzan a millones de mujeres y hombres a organizar su natalidad de acuerdo con sus dictados, so pena de ahogarles financieramente, haya quienes los consideren como unos benefactores de la humanidad.

Por razones éticas de carácter elemental, no pueden admitirse programas que someten a los matrimonios a presiones degradantes para que recurran a la esterilización o a otros métodos anticonceptivos. No se puede estar de acuerdo con que los pobres sean señalados con el dedo como si su propia existencia fuera la causa, no el efecto, del deterioro social o económico de un país.

Es una hipocresía decir a esos pueblos hambrientos que, para que no crezcan más, los países occidentales van a limitarles su natalidad esterilizando a las personas, vendiéndoles preservativos, fabricados por multinacionales que están haciendo a su costa grandes negocios, o instalando clínicas abortistas, que de paso proporcionen fetos con los que hacer cremas para la alta cosmética occidental.

Los que estén verdaderamente preocupados por el bienestar de la población de los países pobres deberían centrar su atención no en los simples números de la población, sino en las instituciones, un gobierno y una política económica y educativa adecuadas, que posibiliten a los ciudadanos ejercer verdaderamente sus potencialidades.

- ¿Piensas entonces que hay que defender la procreación a toda costa?

No se trata de eso. La transmisión de la vida humana debe ejercitarse con un alto sentido de responsabilidad. Hay que respetar el derecho de los esposos a decidir el tamaño de la familia y a espaciar los nacimientos, sin presiones provenientes de la intolerancia de los gobiernos o de otras organizaciones, que no pueden arrogarse responsabilidades que corresponden a los esposos, ni pueden tampoco usar de la extorsión, la coacción o la violencia para hacer que los cónyuges se sometan a sus directrices en esta materia.

Por ejemplo, es un signo de imperialismo detestable vincular la concesión de ayudas internacionales a imponer infamantes condiciones que afectan al control de la natalidad. Son los esposos quienes han de decidir en conciencia sobre el número y espaciamiento de los hijos.

- ¿Y no es extraño que haya tanta oposición en la actualidad contra esas ideas, que coinciden con la doctrina de la Iglesia católica?

Lo que aquí se debate no es una doctrina de la Iglesia católica, sino el respeto a la libertad de los esposos. No me extrañaría que un día no muy lejano se acaben por reconocer de modo universal esas razones, en contra de las del colonialismo demográfico que algunos llevan tiempo imponiendo a los países pobres.

Ya ha sucedido algo parecido con el marxismo, tan defendido durante largos años por legiones enteras de afamados economistas e intelectuales occidentales. La Iglesia católica no dudó en plantar cara a la doctrina de Marx, y aseguró siempre que sus tesis atentaban contra la dignidad humana. Con el tiempo, el marxismo se ha venido abajo estrepitosamente, y la resistencia ética de la Iglesia católica, hasta entonces considerada como arcaica y retrógrada por todos aquellos sesudos intelectuales, ha sido confirmada por la aplastante fuerza de los hechos. Y no ha sido porque los hombres de la Iglesia hubieran tenido una competencia científica superior, tampoco eran tontos, sino porque juzgaban los comportamientos humanos según principios de humanidad.

Sobre la explosión demográfica mundial y sus peligros, son muchos los demógrafos que dicen hoy lo contrario de lo que se afirmaba hace treinta o cuarenta años. Y son muchos los que denuncian que las posturas del imperialismo antinatalista obedecen a una mezcla de mitos y prejuicios ideológicos con otros intereses económicos, pero que no resisten un análisis científico medianamente serio.

Veremos a quién da el tiempo la razón. Afortunadamente, a veces sucede que, en no mucho tiempo, se verifica con la experiencia lo acertado de las conclusiones que se pueden sacar de la conciencia moral. Por eso muchas veces, en vez de fijarse en la oposición de los que más gritan, es más ilustrativo prestar más atención a los gritos del silencio, a los gritos de los que no pueden hablar porque, de un modo u otro, no se les deja vivir.